

Walimai

El nombre que me dio mi padre es Walimai, que en la lengua¹ de nuestros hermanos del norte quiere decir viento. Puedo contártelo, porque ahora eres como mi propia hija y tienes mi permiso para nombrarme, aunque sólo cuando estemos en familia. Se debe tener mucho cuidado con los nombres de las personas y de los seres vivos, porque al pronunciarlos se toca su corazón y entramos dentro de su fuerza vital. Así nos saludamos como parientes de sangre. No entiendo la facilidad de los extranjeros para llamarse unos a otros sin asomo de temor, lo cual no sólo es una falta de respeto, también puede ocasionar graves peligros. He notado que esas personas hablan con la mayor liviandad, sin tener en cuenta que hablar es también ser. El gesto y la palabra son el pensamiento del hombre. No se debe hablar en vano, eso lo he enseñado a mis hijos, pero mis consejos no siempre se escuchan. Antiguamente los tabúes y las tradiciones eran respetados. Mis abuelos y los abuelos de mis abuelos recibieron de sus abuelos los conocimientos necesarios. Nada cambiaba para ellos. Un hombre con una buena enseñanza podía recordar cada una de las enseñanzas recibidas y así sabía cómo actuar en todo momento. Pero luego vinieron los extranjeros hablando contra la sabiduría de los ancianos y empujándonos fuera de nuestra tierra. Nos internamos cada vez más adentro de la selva, pero ellos siempre nos alcanzan, a veces tardan años, pero finalmente llegan de nuevo y entonces nosotros debemos destruir los sembrados, echarnos a la espalda los niños, atar los animales y partir. Así ha sido desde que me acuerdo: dejar todo y echar a correr como ratones y no como grandes guerreros y los dioses que poblaron este territorio en la antigüedad. Algunos jóvenes tienen curiosidad por los blancos y mientras nosotros viajamos hacia lo profundo del bosque para seguir viviendo como nuestros antepasados, otros emprenden el camino contrario.

Walimai

The name given me by my father is Walimai, which in the tongue of our brothers in the north means 'wind'. I can tell it to you, since now you are like my own daughter and you have my permission to call my name, although only when we are among family. The names of persons and living creatures demand respect, because when we speak to them we touch their heart and become a part of their life force. This is how we blood kinsmen greet each other. I cannot understand the ease with which the white ones call each others' names, with no fear; not only does it show a lack of respect, it can also lead to grave danger. I have noted that these persons speak unthinkingly, not realizing that to speak is also to be. Word and gesture are man's thought. We should not speak without reason, this I have taught my sons and daughters, but they do not always listen to my counsel. Long ago, taboos and traditions were respected. My grandfathers, and the grandfathers of my grandfathers, received all necessary knowledge from their grandfathers. Nothing changed. A man with a good memory could recall every teaching he had received and thus knew what to do in any situation. But then came the white ones speaking against the wisdom of the grandfathers, and pushing us off our land. We move always deeper into the jungle, but always they overtake us; sometimes years pass, but finally they come again, and we must destroy our planted fields, put our children on our back, bind our animals, and depart. So it has been as long as I have memory: leave everything, and run away like mice – not like the mighty warriors and gods who inhabited these lands in days of old. Some of our young are curious about the whites, and while we travel deeper into the forest to continue to live as our ancestors did, others undertake a different path.

Consideramos a los que se van como si estuvieran muertos, porque muy pocos regresan y quienes lo hacen han cambiado tanto que no podemos reconocerlos como parientes.

Dicen que en los años anteriores a mi venida al mundo no nacieron suficientes hembras en nuestro pueblo² y por eso mi padre tuvo que recorrer largos caminos para buscar esposa en otra tribu. Viajó por los bosques, siguiendo las indicaciones de otros que recorrieron esa ruta con anterioridad por la misma razón, y que volvieron con mujeres forasteras. Después de mucho tiempo, cuando mi padre ya comenzaba a perder la esperanza de encontrar compañera, vio a una muchacha al pie de una alta cascada, un río que caía del cielo. Sin acercarse demasiado, para no espantarla, le habló en el tono que usan los cazadores para tranquilizar a su presa, y le explicó su necesidad de casarse. Ella le hizo señas para que se aproximara, lo observó sin disimulo y debió haberle complacido el aspecto del viajero, porque decidió que la idea del matrimonio no era del todo descabellada. Mi padre tuvo que trabajar para su suegro hasta pagarle el valor de la mujer. Después de cumplir con los ritos de la boda, los dos hicieron el viaje de regreso a nuestra aldea.

Yo crecí con mis hermanos bajo los árboles, sin ver nunca el sol. A veces caía un árbol herido³ y quedaba un hueco en la cúpula profunda del bosque, entonces veíamos el ojo azul del cielo. Mis padres me contaron cuentos, me cantaron canciones y me enseñaron lo que deben saber los hombres para sobrevivir sin ayuda, sólo con su arco y sus flechas. De este modo fui libre. Nosotros, los Hijos de la Luna,⁴ no podemos vivir sin libertad. Cuando nos encierran entre paredes o barrotes nos volcamos hacia adentro, nos ponemos ciegos y sordos y en pocos días el espíritu se nos despegas de los huesos del pecho y nos abandona. A veces nos volvemos como animales miserables, pero casi siempre preferimos morir. Por eso nuestras casas no tienen muros, sólo un techo inclinado para detener el viento y desviar la lluvia, bajo el cual colgamos nuestras hamacas muy juntas, porque nos gusta escuchar los sueños de las mujeres y los niños y sentir el aliento de los monos, los perros y las lapas,⁵ que duermen bajo el

We think of those who leave as if they were dead, because very few return and those who do have changed so that we cannot recognize them as kinsmen.

They tell that in the years before I came into the world not enough women were born to our people, and thus my father had to travel long roads to seek a wife from a different tribe. He journeyed through the forests, following the marks of others who had travelled that route before him for the same purpose and returned with women not of our blood. After much travelling, when my father had begun to lose hope of finding a life companion, he saw a girl standing by a tall waterfall, a river that fell from the sky. Staying some distance away, in order not to frighten her, he spoke to her in the tone that hunters use to calm their prey, and explained his need to marry her. She made signs that he might come near, studied him openly, and must have been pleased by the face of the traveller, because she decided that the idea of marriage was not a rash one. My father had to work for his father-in-law until he paid for the woman's value. After they had fulfilled the rituals of marriage, they made the return journey to our village.

I grew up with my brothers and sisters beneath the canopies of tall trees, never seeing the sun. Sometimes a wounded tree would fall, leaving an opening in the thick dome of the forest; at those times we saw the blue eye of the sky. My father and mother told me stories; they sang songs to me, and taught me what a man must know to survive alone, with nothing but his bow and his arrows. I was free. We, the children of the Moon, cannot live unless we are free. When we are closed inside walls or bars we collapse inward; we become blind and deaf, and in a few days our spirit detaches itself from the bones of our chest and abandons us. At those times we become like miserable beasts and, almost always, we prefer to die. That is why our houses have no walls, only a sloped roof to stop the wind and shed the rain; beneath it we hang our hammocks close together, because we like to listen to the dreams of the women and the children and feel the breath of the monkeys and dogs and pigs that sleep beneath the same

mismo alero. Los primeros tiempos viví en la selva sin saber que existía mundo más allá de los acantilados y los ríos. En algunas ocasiones vinieron amigos visitantes de otras tribus y nos contaron rumores de Boa Vista y de El Platanal,⁶ de los extranjeros y sus costumbres, pero creíamos que eran sólo cuentos para hacer reír. Me hice hombre y llegó mi turno de conseguir una esposa, pero decidí esperar porque prefería andar con los solteros, éramos alegres y nos divertíamos. Sin embargo, yo no podía dedicarme al juego y al descanso como otros, porque mi familia es numerosa: hermanos, primos, sobrinos, varias bocas que alimentar, mucho trabajo para un cazador.

Un día llegó un grupo de hombres pálidos a nuestra aldea. Cazaban con pólvora, desde lejos, sin destreza ni valor, eran incapaces de trepar a un árbol o de clavar un pez con una lanza en el agua, apenas podían moverse en la selva, siempre enredados en sus mochilas, sus armas y hasta en sus propios pies. No se vestían de aire, como nosotros, sino que tenían unas ropas empapadas y hediondas, eran sucios y no conocían las reglas de la decencia, pero estaban empeñados en hablarnos de sus conocimientos y de sus dioses. Los comparamos con lo que nos habían contado sobre los blancos y comprobamos la verdad de esos chismes. Pronto nos enteramos que éstos no eran misioneros, soldados ni recolectores de caucho, estaban locos, querían la tierra y llevarse la madera, también buscaban piedras. Les explicamos que la selva no se puede cargar a la espalda y transportar como un pájaro muerto, pero no quisieron escuchar razones. Se instalaron cerca de nuestra aldea. Cada uno de ellos era como un viento de catástrofe, destruía a su paso todo lo que tocaba, dejaba un rastro de desperdicio, molestaba a los animales y a las personas. Al principio cumplimos con las reglas de la cortesía y les dimos el gusto, porque eran nuestros huéspedes, pero ellos no estaban satisfechos con nada, siempre querían más, hasta que, cansados de esos juegos, iniciamos la guerra con todas las ceremonias habituales. No son buenos guerreros, se asustan con facilidad y tienen los huesos blandos. No resistieron los garrotazos que les dimos en la cabeza. Después de eso abandonamos la aldea y nos fuimos hacia el este, donde el bosque es impenetrable, viajando

shelter. In the earliest times we lived in the jungle without knowing that there was a world beyond the cliffs and rivers. Friends came to visit from other tribes, and told us rumours of Boa Vista and El Plantanal, of the white ones and their customs, but we believed these were only stories to make us laugh. I reached manhood, and my turn came to find a wife, but I decided to wait, because I liked being with the bachelors; we were happy, and lived well. Even so, I could not devote myself solely to games and resting as the others did, because my family is very large: brothers and sisters, cousins, nieces and nephews, many mouths to feed and much work for a hunter.

One day a group of the pale men came to our village. They hunted with powder, from far away, without skill or courage; they could not climb a tree or spear a fish in the water; they moved clumsily through the jungle, they were always getting tangled in their packs, their weapons, even their own feet. They did not clothe themselves in air, as we do, but wore wet and stinking clothing; they were dirty and they did not know the laws of decency, but they insisted on telling us of their knowledge and their gods. We compared them with what we had been told about the white men, and we verified the truth of that gossip. Soon we realized that these men were not missionaries, or soldiers or rubber collectors: they were mad. They wanted the land; they wanted to carry away the wood; they were also searching for stones. We explained that the jungle is not something to be tossed over your shoulder and transported like a dead bird, but they did not want to hear our arguments. They made camp near our village. Each one of them was like a wind of catastrophe; he destroyed everything he touched; he left a trail of waste behind him; he disturbed animals and people. At first we obeyed the laws of courtesy, and pleased them, because they were our guests; but they were never satisfied, they wanted always more, until, weary of their games, we declared war with all traditional ceremonies. They are not good warriors; they are easily frightened and their fragile skull-bones could not withstand the clubbing we gave them. Afterwards, we abandoned our village and we journeyed to the east where the forest is impenetrable, travelling

grandes trechos por las copas de los árboles para que no nos alcanzaran sus compañeros. Nos había llegado la noticia de que son vengativos y que por cada uno de ellos que muere, aunque sea en una batalla limpia, son capaces de eliminar a toda una tribu incluyendo a los niños. Descubrimos un lugar donde establecer otra aldea. No era tan bueno, las mujeres debían caminar horas para buscar agua limpia, pero allí nos quedamos porque creímos que nadie nos buscaría tan lejos. Al cabo de un año, en una ocasión en que tuve que alejarme mucho siguiendo la pista de un puma, me acerqué demasiado a un campamento de soldados. Yo estaba fatigado y no había comido en varios días, por eso mi entendimiento estaba aturdido. En vez de dar media vuelta cuando percibí la presencia de los soldados extranjeros, me eché a descansar. Me cogieron los soldados. Sin embargo no mencionaron los garrotazos propinados a los otros, en realidad no me preguntaron nada, tal vez no conocían a esas personas o no sabían que yo soy Walimai. Me llevaron a trabajar con los caucheros, donde había muchos hombres de otras tribus, a quienes habían vestido con pantalones y obligaban a trabajar, sin considerar para nada sus deseos. El caucho requiere mucha dedicación y no había suficiente gente por esos lados, por eso debían traernos a la fuerza. Ése fue un período sin libertad y no quiero hablar de ello. Me quedé solo para ver si aprendía algo, pero desde el principio supe que iba a regresar donde los míos. Nadie puede retener por mucho tiempo a un guerrero contra su voluntad.

Se trabajaba de sol a sol, algunos sangrando a los árboles para quitarles gota a gota la vida, otros cocinando el líquido recogido para espesarlo y convertirlo en grandes bolas. El aire libre estaba enfermo con el olor de la goma quemada y el aire en los dormitorios comunes lo estaba con el sudor de los hombres. En ese lugar nunca pude respirar a fondo. Nos daban de comer maíz, plátano y el extraño contenido de unas latas, que jamás probé porque nada bueno para los humanos puede crecer en unos tarros.⁷ En un extremo del campamento habían instalado una choza grande donde mantenían a las mujeres. Después de dos semanas trabajando con el caucho, el capataz me entregó un trozo de papel y me mandó donde ellas. También me dio una taza de licor, que yo volqué en el suelo,

for long stretches through the tops of the trees so their companions could not find us. We had been told that they are vengeful, and that for each one of them who dies, even in fair battle, they are capable of eliminating an entire tribe, including the children. We discovered a place to establish a new village. It was not as good; the women had to walk hours to find clean water, but we stayed there because we believed that no one would come so far to search for us. A year later, I was far from our village following the track of a puma, when I approached too near a camp of soldiers. I was tired, and had not eaten in several days; for this reason, I used poor judgement. Instead of turning back when I glimpsed the strangers, I lay down to rest. The soldiers caught me. They did not mention the men we had clubbed to death. In fact, they asked me nothing; perhaps they did not know these men or did not know that I am Walimai. They pressed me into work with the rubber collectors, with many men from other tribes, men they had dressed in trousers and driven to work with no thought for their wishes. The rubber demands much care, and there were not enough people to do the work; that was why they forced us. That was a time without freedom, and I do not want to speak of it. I stayed only to see whether I could learn anything, but from the beginning I knew I would return to my people. Nothing can long hold a warrior against his will.

We worked from sun to sun, some bleeding the trees to drain their life drop by drop, others cooking the liquid to thicken it and form it into great balls. The air outdoors was sick with the stench of the burned sap, and the air indoors in the sleeping quarters foul with the sweat of the men. No one could draw a deep breath in that place. They gave us maize to eat, and bananas, and the strange contents of some cans, which I never tasted, because nothing good for humans can grow in tins. At one end of the camp they had built a large hut where they kept the women. After two weeks of working with the raw rubber, the boss handed me a slip of paper and sent me where the women were. He also gave me a cup of liquor, which I turned out on the ground,

porque he visto cómo esa agua destruye la prudencia. Hice la fila, con todos los demás. Yo era el último y cuando me tocó entrar en la choza, el sol ya se había puesto y comenzaba la noche, con su estrépito de sapos y loros.

Ella era de la tribu de los Ila, los de corazón dulce, de donde vienen las muchachas más delicadas. Algunos hombres viajan durante meses para acercarse a los Ila, les llevan regalos y cazan para ellos, en la esperanza de conseguir una de sus mujeres. Yo la reconocí a pesar de su aspecto de lagarto, porque mi madre también era una Ila. Estaba desnuda sobre un petate, atada por el tobillo con una cadena fija en el suelo, aletargada, como si hubiera aspirado por la nariz el 'yopo'⁸ de la acacia, tenía el olor de los perros enfermos y estaba mojada por el rocío de todos los hombres que estuvieron sobre ella antes que yo. Era del tamaño de un niño de pocos años, sus huesos sonaban como piedrecitas en el río. Las mujeres Ila se quitan todos los vellos del cuerpo, hasta las pestañas, se adornan las orejas con plumas y flores, se atraviesan palos pulidos en las mejillas y la nariz, se pintan dibujos en todo el cuerpo con los colores rojo del onoto,⁹ morado de la palmera y negro del carbón. Pero ella ya no tenía nada de eso. Dejé mi machete en el suelo y la saludé como hermana, imitando algunos cantos de pájaros y el ruido de los ríos. Ella no respondió. Le golpeé con fuerza el pecho, para ver si su espíritu resonaba entre las costillas, pero no hubo eco, su alma estaba muy débil y no podía contestarme. En cuclillas a su lado le di de beber un poco de agua y le hablé en la lengua de mi madre. Ella abrió los ojos y miró largamente. Comprendí.

Antes que nada me lavé sin malgastar el agua limpia. Me eché un buen sorbo a la boca y lo lancé en chorros finos contra mis manos, que froté bien y luego empapé para limpiarme la cara. Hice lo mismo con ella, para quitarle el rocío de los hombres. Me saqué¹⁰ los pantalones que me había dado el capataz. De la cuerda que me rodeaba la cintura colgaban mis palos para hacer fuego, algunas puntas de flechas, mi rollo de tabaco, mi cuchillo de madera con un diente de rata en la punta y una bolsa de cuero bien firme, donde tenía un poco de curare.¹¹ Puse un poco de esa pasta en la punta de mi cuchillo, me incliné sobre la mujer y con el instrumento

because I have seen how that water destroys a man's good sense. I stood in line with the others. I was the last, and when it came to my turn to enter the hut, the sun had gone down and night begun, with its clamour of frogs and parrots.

She was of the tribe of the Ila, the people of gentle heart, from which the most delicate girls come. Some men travel for months on end to find the Ila; they take them gifts and hunt for them in the hope of obtaining one of their women. She looked like a lizard lying there, but I recognized her because my mother, too, was an Ila woman. She lay naked on her straw mat, tied by one ankle to a chain staked in the ground, sluggish, as if she had breathed in the *yopo* of the acacia; she had the smell of sick dogs, and she was wet with the dew of all the men who had covered her before me. She was the size of a young boy, and her bones clicked like small stones in the river. The Ila women remove all their bodily hair, even their eyelashes; they adorn their ears with feathers and flowers; they thrust polished sticks through their cheeks and nose; they paint designs over all their body in the reds of the annatto, the deep purple of the palm, and the black of carbon. But she had none of that. I placed my machete on the ground, and greeted her as a sister, imitating some songbirds and the sound of rivers. She did not respond. I pounded her chest, to see whether her spirit still resonated in her ribcage, but there was no echo; her soul was very weak and could not answer me. Kneeling beside her, I gave her water to drink and spoke to her in my mother's tongue. She opened her eyes, and stared at me for a long time. I understood.

First of all, I washed myself without wasting the clean water. I took a good draught into my mouth and sprinkled it in small streams on to my hands, which I rubbed carefully and then wet to clean my face. I did the same with her, to cleanse the men's dew from her body. I removed the trousers the boss had given me. From a cord at my waist hung my sticks for making fire, the tips of arrows, my roll of tobacco, my wooden knife with a rat's tooth in the point, and a bag of strong leather in which I carried a small amount of curare. I spread a bit of that paste on the point of my knife, bent over the woman and, with the poisoned instrument,

envenenado le abrí un corte en el cuello. La vida es un regalo de los dioses. El cazador mata para alimentar a su familia, él procura no probar la carne de su presa y prefiere la que otro cazador le ofrece. A veces, por desgracia, un hombre mata a otro en la guerra, pero jamás puede hacer daño a una mujer o a un niño. Ella me miró con grandes ojos, amarillos como la miel, y me parece que intentó sonreír agradecida. Por ella yo había violado el primer tabú de los Hijos de la Luna y tendría que pagar mi vergüenza con muchos trabajos de expiación. Acerqué mi oreja a su boca y ella murmuró su nombre. Lo repetí dos veces en mi mente para estar bien seguro pero sin pronunciarlo en alta voz, porque no se debe mentar a los muertos para no perturbar su paz, y ella ya lo estaba, aunque todavía palpitara su corazón. Pronto vi que se le paralizaban los músculos del vientre, del pecho y de los miembros, perdió el aliento, cambió de color, se le escapó un suspiro y su cuerpo se murió sin luchar, como mueren las criaturas pequeñas.

De inmediato sentí que el espíritu se le salía por las narices y se introducía en mí, aferrándose a mi esternón. Todo el peso de ella cayó sobre mí y tuve que hacer un esfuerzo para ponerme de pie, me movía con torpeza, como si estuviera bajo el agua. Doblé su cuerpo en la posición del descanso último, con las rodillas tocando el mentón, la até con las cuerdas del petate,¹² hice una pila con los restos de la paja y usé mis palos para hacer fuego. Cuando vi que la hoguera ardía segura, salí lentamente de la choza, trepé el cerco del campamento con mucha dificultad, porque ella me arrastraba hacia abajo, y me dirigí al bosque. Había alcanzado los primeros árboles cuando escuché las campanas de alarma.

Toda la primera jornada caminé sin detenerme ni un instante. Al segundo día fabriqué un arco y unas flechas y con ellos pude cazar para ella y también para mí. El guerrero que carga el peso de otra vida humana debe ayunar por diez días, así se debilita el espíritu del difunto, que finalmente se desprende y se va al territorio de las almas. Si no lo hace, el espíritu engorda con los alimentos y crece dentro del hombre hasta sofocarlo. He visto algunos de hígado bravo morir así. Pero antes de cumplir con esos requisitos yo debía conducir el espíritu de la mujer Ila hacia la vegetación más oscura,

opened a small cut in her neck. Life is a gift from the gods. The hunter kills to feed his family; he tries not to eat the flesh of his prey but prefers to eat what another hunter offers him. At times, tragically, a man kills another in war, but he never harms a woman or a child. She looked at me with large eyes yellow as honey, and I thought she tried to smile, gratefully. For her, I had violated the first taboo of the Children of the Moon, and I would have to pay for my shame with many labours of expiation. I held my ear to her mouth, and she murmured her name. I repeated it twice in my mind to be very sure, but did not speak it aloud; it is not good to mention the dead or disturb their peace, and she was already dead even though her heart still beat. Soon I saw the muscles of her belly, her chest, her arms stiffen with paralysis; she stopped breathing, and changed colour. A sigh escaped her, and her body died without a struggle, as small creatures die.

Immediately, I felt her spirit leave through her nostrils and enter mine, anchoring itself to my breastbone. All her weight fell upon me, and I had to struggle to get to my feet. I moved very slowly, as if I were under water. I arranged her body in the position of the last rest, with her knees touching her chin. I bound her with fibres from the mat, then made a mound with the rest of the straw and used my sticks to make fire. When I saw that the fire was blazing intensely, I left the hut slowly, laboriously climbed the camp fence – because she kept dragging me down – and walked into the forest. I had reached the first trees when I heard the alarm bells.

I walked all the first day without stopping. On the second day I fashioned a bow and arrows so I could hunt for her, and for myself as well. The warrior who bears the weight of another human life must fast for ten days; in this way the spirit of the dead one grows weak; finally it lets go and journeys to the land of souls. If the warrior does not do this, the spirit grows fat on the food it is fed and grows inside the man until it suffocates him. I have seen men of great courage die this way. But before I fulfilled those conditions, I had to lead the spirit of the Ila woman into the thickest jungle

donde nunca fuera hallado. Comí muy poco, apenas lo suficiente para no matarla por segunda vez. Cada bocado en mi boca sabía a carne podrida y cada sorbo de agua era amargo, pero me obligué a tragar para nutrarnos a los dos. Durante una vuelta completa de la luna me interné selva adentro llevando el alma de la mujer, que cada día pesaba más. Hablamos mucho. La lengua de los Ila es libre y resuena bajo los árboles con un largo eco. Nosotros nos comunicamos cantando, con todo el cuerpo, con los ojos, con la cintura, los pies. Le repetí las leyendas que aprendí de mi madre y de mi padre, le conté mi pasado y ella me contó la primera parte del suyo, cuando era una muchacha alegre que jugaba con sus hermanos a revolcarse en el barro y balancearse de las ramas más altas. Por cortesía, no mencionó su último tiempo de desdichas y de humillaciones. Cacé un pájaro blanco, le arranqué las mejores plumas y le hice adornos para las orejas. Por las noches mantenía encendida una pequeña hoguera, para que ella no tuviera frío y para que los jaguares y las serpientes no molestaran su sueño. En el río la bañé con cuidado, frotándola con ceniza y flores machacadas, para quitarle los malos recuerdos.

Por fin un día llegamos al sitio preciso y ya no teníamos más pretextos para seguir andando. Allí la selva era tan densa que en algunas partes tuve que abrir paso rompiendo la vegetación con mi machete y hasta con los dientes, y debíamos hablar en voz baja, para no alterar el silencio del tiempo. Escogí un lugar cerca de un hilo de agua, levanté un techo de hojas e hice una hamaca para ella con tres trozos largos de corteza. Con mi cuchillo me afeité la cabeza y comencé mi ayuno.

Durante el tiempo que caminamos juntos la mujer y yo nos amamos tanto que ya no deseábamos separarnos, pero el hombre no es dueño de la vida, ni siquiera de la propia, de modo que tuve que cumplir con mi obligación. Por muchos días no puse nada en mi boca, sólo unos sorbos de agua. A medida que las fuerzas se debilitaban ella se iba desprendiendo de mi abrazo, y su espíritu, cada vez más etéreo, ya no me pesaba como antes. A los cinco días ella dio sus primeros pasos por los alrededores, mientras yo dormitaba, pero no estaba lista para seguir su viaje sola y volvió a mi lado. Repitió

where she would never be found. I ate very little, barely enough not to kill her a second time. Each mouthful tasted like spoiled meat, and every sip of water was bitter, but I forced myself to swallow, to nourish the two of us. For one complete cycle of the moon I travelled deep into the jungle, carrying inside me the soul of the woman who weighed more each day. We spoke often. The tongue of the Ila is uninhibited and resounds beneath the trees with a long echo. We communicated singing, with our body, with our eyes, our waist, our feet. I repeated to her the legends I had learned from my mother and my father; I told her my past, and she told me of the first part of her life, when she was a happy girl playing with her brothers and sisters, rolling in the mud and swinging from the high branches. Out of courtesy, she did not mention her recent past of misfortune and humiliation. I caught a white bird; I plucked the finest feathers and made adornments for her ears. At night I kept a small fire burning so she would not be cold, and so jaguars or serpents would not disturb her sleep. I bathed her in the river with care, rubbing her with ash and crushed flowers, to take away her bad memories.

Finally one day we reached the perfect spot, and had no further excuse to continue walking. There the jungle was so dense that in places I had to open a path by slashing the undergrowth with my machete, even my teeth, and we had to speak in a low voice not to alter the silence of time. I chose a place near a thread of water; I put up a roof of leaves and made a hammock for her from three long strips of bark. With my knife, I shaved my head and began my fast.

During the time we had walked together the woman and I had come to love one another so much that we did not want to part; but man does not control life, not even his own, and so I had to fulfil my obligation. For many days, I took nothing in my mouth except a few sips of water. As I grew weak, she slipped from my embrace, and her spirit, ever more ethereal, did not weigh upon me as before. After five days, while I dozed, she took her first steps, but she was not ready to continue her journey alone, and she returned to me. She repeated

esas excursiones en varias oportunidades, alejándose cada vez un poco más. El dolor de su partida era para mí tan terrible como una quemadura y tuve que recurrir a todo el valor aprendido de mi padre para no llamarla por su nombre en voz alta atrayéndola así de vuelta conmigo para siempre. A los doce días soñé que ella volaba como un tucán por encima de las copas de los árboles y desperté con el cuerpo muy liviano y con deseos de llorar. Ella se había ido definitivamente. Cogí mis armas y caminé muchas horas hasta llegar a un brazo del río. Me sumergí en el agua hasta la cintura, ensarté un pequeño pez con un palo afilado y me lo tragué entero, con escamas y cola. De inmediato lo vomité con un poco de sangre, como debe ser. Ya no me sentí triste. Aprendí entonces que algunas veces la muerte es más poderosa que el amor. Luego me fui a cazar para no regresar a mi aldea con las manos vacías.

those brief travels on several occasions, each time venturing a little farther. The sorrow of her parting was as terrible as a deep burn, and I had to call on all the courage I had learned from my father not to call her name aloud and bring her back to me forever. After twelve days I dreamed that she was flying like a toucan above the treetops, and I awakened feeling very light, and wanting to weep. She was gone. I picked up my weapons and walked for many hours until I reached a branch of the river. I walked into the water up to my waist; I speared a small fish with a sharp stick and swallowed it whole, scales, tail, and all. I immediately vomited it up with a little blood; it was as it should be. I was not sad now. I had learned that sometimes death is more powerful than love. Then I went to hunt, so I would not return to my village with empty hands.